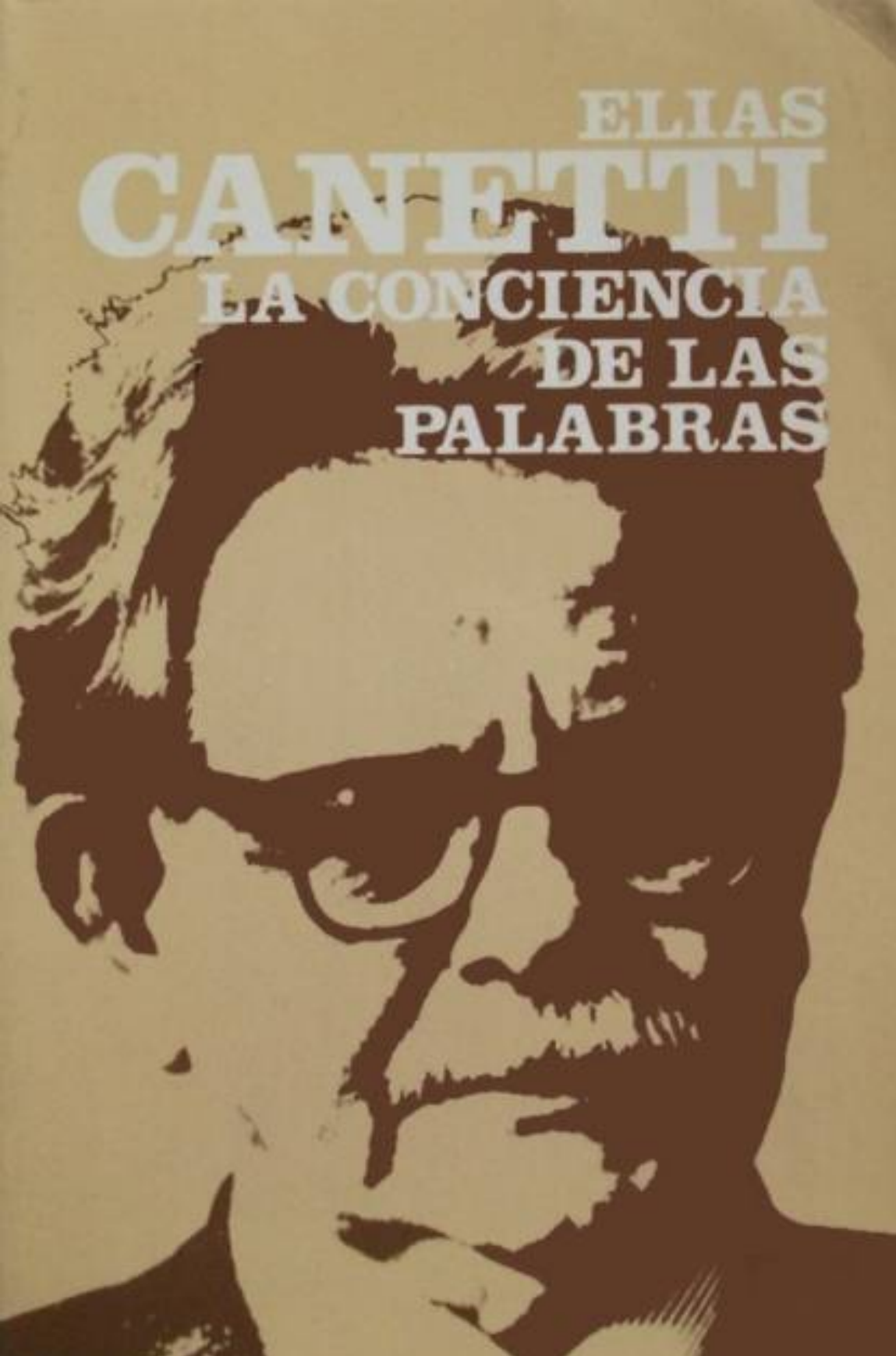
ELIAS CANETTI

LA CONCIENCIA DE LAS PALABRAS



Elías Canetti reunió en *La conciencia de las palabras* una serie de ensayos escritos entre 1962 y 1974. La yuxtaposición de temas diversos en apariencia —afirma el autor— es precisamente lo que le da sentido a un esfuerzo espiritual por entender nuestro mundo, nuestro tiempo. Kafka y Tolstoi, Karl Kraus y Hitler, Broch y Büchner son algunos nombres significativos que Elías Canetti convoca en esta obra, recorrida por la pasión del conocimiento y por la elegancia literaria que distinguen, de modo inconfundible, a este notable escritor de lengua alemana. El poder, por otra parte, ha sido, al lado de la complejidad del lenguaje, una obsesión para Canetti; *La conciencia de las palabras* confirma y profundiza esas inquietudes.

La adjudicación del Premio Nobel de Literatura en 1981 a Elías Canetti es el reconocimiento a un escritor de proyección universal, atento a los problemas de su época, que ha hecho de la lucidez una emocionada profesión de fe.

Índice de contenido

Cubierta

La conciencia de las palabras

Nota preliminar

Prólogo a la segunda edición en alemán

Hermann Broch

1. Poder y supervivencia

2. Karl Kraus, escuela de resistencia

3. Diálogo con el interlocutor cruel

4. Realismo y nueva realidad

5. El otro proceso. Las cartas de Kafka a Felice

6. Arrebatos verbales

7. Hitler, según Speer

8. Confucio en sus diálogos

9. Tolstoi, el último antepasado

10. El «Diario de Hiroshima» del doctor Hachiya

11. Georg Büchner

12. El primer libro: «Auto de fe»

13. El nuevo Karl Kraus

14. La profesión de escritor

Sobre el autor

Notas

A Veza Canetti

NOTA PRELIMINAR

EL PRESENTE volumen reúne, respetando su orden de composición, una serie de ensayos escritos entre los años 1962-1974. Quizá a primera vista pueda parecer sorprendente hallar aquí, lado a lado, a figuras como Kafka y Confucio, Büchner, Tolstoi, Karl Kraus y Hitler; catástrofes de magnitud tan terrible como la de Hiroshima y consideraciones literarias sobre la escritura de diarios o el origen de una novela. Pero era justamente esta yuxtaposición lo que me interesaba, pues sólo en apariencia se trata de temas incompatibles. Lo público y lo privado resultan hoy en día inseparables: se interpenetran recíprocamente de un modo que antes era inimaginable. Los enemigos de la humanidad han ganado poder rápidamente, negando muy cerca al objetivo final de destrucción de la Tierra; es, por lo tanto, imposible prescindir de ellos y dedicarse a la contemplación exclusiva de aquellos paradigmas espirituales que aún signifiquen algo para nosotros. Éstos se han vuelto más raros; muchos de los que podían parecer suficientes en otros tiempos no contienen ya demasiado en sí mismos y abarcan demasiado poco para que aún puedan resultarnos útiles. Tanto más importante es hablar de aquellos que han hecho frente a nuestro monstruoso siglo.

Sin embargo, tampoco bastaría convocar paradigmas y contrafiguras en un mismo libro, aun cuando los resultados fueran satisfactorios. No es, creo, superfluo hablar también para sí mismo —como uno más entre los innumerables testigos de esta época—, y describir el esfuerzo que supone oponerle resistencia. Tal vez no sea algo simplemente privado mostrar cómo un hombre llega hoy en día a escribir

una novela en la medida en que, al hacerlo, su intención sea asumir una postura frente a su época; o bien cómo va redactando un diario para no ser pulverizado espiritualmente por ella. Espero que ahora se comprenderá por qué he recogido aquí también el breve artículo «Arrebatos verbales». Pues si bien se refiere a un aspecto de la emigración, no lo hice porque deseara quejarme de ella, que fue el destino de millones de proscritos, mientras que otros, más numerosos, morían como prisioneros o soldados. En él quise explicar lo que puede ocurrirle a un idioma decidido a no rendirse: el verdadero tema de este artículo es el lenguaje, no el hablante.

El ensayo «Poder y supervivencia» resume, con ligeras modificaciones y mayor realce y agudeza, una de las ideas fundamentales de *Masa y poder*. Repetidas veces se ha puesto de manifiesto que, justamente en esta forma concentrada, sirve de introducción a ese otro libro, de dimensiones mayores. «Hitler, según Speer» es la aplicación de los postulados de *Masa y poder* a un personaje concreto y que aún nos resulta lo suficientemente cercano como para permitirnos verificar la vigencia y utilidad de dichos postulados.

El discurso sobre Hermann Broch con el que encabezo el presente volumen rebasa de manera palmaria el marco señalado al principio. Fue pronunciado en Viena, en 1936, con motivo del 50 cumpleaños de Broch. Entre él y el ensayo siguiente, «poder y supervivencia», se interponen 26 años. El lector tiene todo el derecho a preguntarse qué motivos me impulsaron a incluir este discurso temprano y solitario, Y yo le debo una explicación. En aquel entonces la obra de Broch sólo existía en parte; lo más importante era la trilogía *Los sonámbulos* y algunos breves escritos en prosa, como *El retorno*. Con el pensamiento puesto siempre en Broch, e incluso a partir de mi relación personal con él, he intentado determinar lo que debe exigírsele a un escritor para que adquiera alguna significación en nuestro

tiempo. Los tres atributos que entonces enumeré me siguen pareciendo ahora perfectamente válidos e inmodificables. Años más tarde, y para mi gran sorpresa, me di cuenta de que desde entonces yo también me había esforzado —aunque en forma bastante deficiente— por satisfacer personalmente estas exigencias. Al reflexionar sobre Hermann Broch fui descubriendo las exigencias que luego habría de plantearle yo a mi propia vida. Desde entonces ha habido algo que me permite medir cualquier amenaza de colapso. En las épocas de parálisis, que no fueron pocas durante los largos años de trabajo en *Masa y poder*, me recitaba los «tres mandamientos» —como los llamaba no sin cierta presunción—, y me alentaba con ellos, sostenido por una esperanza que, aunque desmesurada e impetuosa, no dejaba de ser imprescindible. De ahí que no me pareciera absurdo iniciar el volumen con este discurso.

El abismo temporal que separa este primer discurso de los ensayos posteriores sólo es, por lo demás, aparente, pues éstos abordan muchas veces vivencias e impresiones no recientes; y al releerlos sin interrupción en el orden que ahora ocupan, tuve en cierto modo la impresión de estar rindiendo cuentas sobre las estaciones espirituales de toda mi vida adulta.

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN EN ALEMÁN

DESDE QUE el presente volumen, cuya justificación reside para mí exclusivamente en su pluralidad, vio la luz por vez primera, no me ha abandonado la sensación de que algo le faltaba: una conclusión que lo resumiera desde dentro. ¿Qué puede esperarse hoy en día de un escritor, cuando sabemos lo poco que nosotros mismos hemos hecho? ¿Podría alguien que empiece ahora recuperar el sentido de esta palabra, aparentemente destruido? En mi discurso «La profesión de escritor», pronunciado en Munich en enero de 1976, he intentado decir algo al respecto. Al escribirlo me parecía un texto autónomo en sí mismo; cuando lo terminé, me di cuenta de que su lugar estaba al final de este volumen. Me interesaba mucho verlo integrado a esta segunda edición, como expresión de una esperanza puesta en quienes logren satisfacer mejor sus exigencias.

HERMANN BROCH

Discurso pronunciado en su quincuagésimo aniversario: Viena, noviembre de 1936

ES TAREA grata y relevante aprovechar el quincuagésimo cumpleaños de un hombre para dirigirle la palabra en público, arrancarlo casi a la fuerza de la serie de circunstancias estrechamente concatenadas que constituyen su vida y presentarlo, realzado y visible a todo el mundo desde ángulos muy diversos, como si estuviera totalmente solo, condenado a una soledad pétrea e inalterable, aunque la soledad real y secreta de su vida le ocasione, aún con toda su humildad y su blandura, padecimientos más que suficientes. Es como si con este discurso le dijésemos: no te angusties más, que ya te has angustiado bastante por nosotros. Todos nosotros hemos de morir; pero aún no es seguro que tú también debas morir. Tal vez tus palabras tengan que representarnos precisamente ante las generaciones futuras. Nos has servido leal y honestamente. Nuestra época no te abandonará.

Para asegurar a estas palabras, como a un ensalmo, su plena efectividad, se les aplica el sello de los cincuenta años. Pues para nuestra forma de pensar, el pasado se ha dividido en siglos: nada tiene cabida al lado de los siglos. Y en la medida en que a la humanidad le interesa conservar el enorme arsenal de su memoria, va echando todo cuanto le parece peculiar e importante en el saco de los siglos. Incluso la palabra que designa este lapso ha adquirido una connotación venerable. Se habla de *lo secular* como en un misterioso lenguaje sacerdotal. El poder mágico que anti-

guamente, entre los pueblos primitivos, se asignaba a números más modestos —el tres, el cuatro, el cinco o el siete —, ha sido transferido a la centuria. Sí, incluso la numerosa grey de los que frecuentan el pasado sólo para reencontrar en él la insatisfacción con el presente, incluso el grupo de quienes recogen la amargura de todos los siglos conocidos, se complacen en jalonar el futuro de sus sueños con siglos mejores.

No hay duda: el siglo abarca un lapso temporal suficiente para los anhelos del ser humano. Pues cuando la suerte le es realmente propicia, llega a los cien años. Esto sucede de vez en cuando, aunque es improbable. Los pocos que de verdad cumplen un siglo se ven rodeados de asombro y de un sinnúmero de historias. En las antiguas crónicas eran enumerados expresamente con su nombre y posición social. Como objeto de atención superaban incluso a los ricos. El ferviente deseo de dominar un lapso de vida tan largo es, sin duda, lo que tras la adopción del sistema decimal elevó al siglo a su alto rango.

Sin embargo, cuando una época celebra a algún quincuagenario, le sale al encuentro a mitad de camino. Lo presenta a quienes vendrán luego como alguien digno de ser preservado. Lo hace resaltar claramente, quizá contra su voluntad, entre el escaso número de quienes han vivido más en función de ella que de sí mismos. Se alegra de la cima redonda a la que lo ha encumbrado y une a ello una leve esperanza: tal vez el personaje en cuestión, que no puede mentir, haya columbrado alguna Tierra prometida y esté incluso dispuesto a hablar de ella. A él le creería.

Sobre esta cima se halla ahora Hermann Broch. Pues bien, digámoslo sin rodeos y atrevámonos a afirmar que hemos de venerar en él a uno de los poquísimos escritores representativos de nuestro tiempo; afirmación ésta que sólo cobraría toda su fuerza si yo pudiera enumerar aquí la larga lista de personas que, aunque pasen por escritores, en realidad no lo son. Pero más importante que ejercer es-

te presuntuoso oficio de verdugo me parece que es encontrar los atributos que han de coexistir en el interior de un escritor para que pueda ser considerado representativo de su tiempo. Y quien emprenda a conciencia una indagación de este tipo verá surgir una imagen nada cómoda y aún menos armónica.

La enorme y aterradora tensión en que vivimos —y de la que no ha podido liberarnos ninguno de los ansiados temporales—, se ha apoderado de todas las esferas, incluso de una esfera tan pura y libre como la del asombro. Pues si tuviéramos que resumir muy brevemente nuestra época, podríamos definirla como la época en que es posible, *asombrarse* simultáneamente de las cosas más opuestas: de la influencia milenaria de algún libro, por ejemplo, y de que no todos los libros sigan ejerciendo su influencia. De la fe en los dioses y, al mismo tiempo, de que cada hora no caigamos de rodillas ante nuevos dioses. De la separación en sexos que nos ha tocado en suerte, y de que la escisión no sea todavía más profunda. De la muerte, que siempre rechazamos, y al mismo tiempo de que no hayamos muerto ya en el seno maternal, de pesadumbre por todo cuanto habría de ocurrirnos. En otra época, el asombro *era* sin duda aquel espejo del que suele hablarse tan a gusto y que convocaba las imágenes en una superficie más lisa y tranquila. Hoy en día este espejo se ha roto y las astillas del asombro se han reducido. Pero incluso en la astilla más pequeña no se refleja ya una imagen sola: arrastra a su contraria implacablemente. Veas lo que veas, y por mínimo que esto sea, se anula por sí mismo mientras lo estás viendo.

Y tampoco hemos de esperar, cuando intentemos atrapar al escritor en el espejo, que su destino sea diferente al de los torturados guijarros de la cotidianidad. Opongámonos desde un comienzo a aquel error tan difundido según el cual los grandes escritores se hallan por encima de su tiempo. Nadie se halla espontáneamente por encima de su tiempo. Los «sublimes» no están en él, simplemente. Tal

vez estén en la antigua Grecia o entre algunos pueblos bárbaros. Concedámosles esta prerrogativa: es preciso ser ciego ante muchas cosas para estar tan lejos, y a nadie puede negársele el derecho a anular todas sus facultades sensitivas. Pero un individuo así no se halla por encima de nosotros, sino por sobre la suma de recuerdos —de la antigua Grecia, por ejemplo— que llevamos en nuestro interior; es, como quien dice, un historiador de la cultura a título experimental que, con gran ingenio, pone a prueba en su persona lo que su certera intuición juzga necesariamente verdadero. El «sublime» es aún más impotente que el físico experimental, pues si bien éste se mueve sólo en un sector delimitado de su campo de estudios, siempre tiene la posibilidad de ejercer un control. El «sublime» hace su aparición con algo más que reivindicaciones de orden científico: con reivindicaciones de orden abiertamente cultural. Y la mayoría de las veces ni siquiera es un fundador de sectas: sacerdote para sí solo, celebra también para sí solo y es al mismo tiempo su único creyente.

El verdadero escritor, sin embargo, tal como nosotros lo entendemos, vive entregado a su tiempo, es su vasallo y su esclavo, su siervo más humilde. Se halla atado a él con una cadena corta e irrompible, adherido a él en cuerpo y alma. Su falta de libertad ha de ser tan grande que le impida ser trasplantado a cualquier otro lugar. Y si la fórmula no tuviera cierto halo ridículo, me atrevería a decir simplemente: es el sabueso de su tiempo. Recorre una por una sus motivaciones, deteniéndose aquí y allá: arbitrariamente en apariencia, pero sin tregua; atento, aunque no siempre, a los silbidos que vengan de lo alto; fácil de azuzar, reacio a volver cuando lo llaman, impulsado por una inexplicable propensión al vicio. Sí, ha de meter en todas partes su húmedo hocico sin que se le escape nada, hasta que al final regresa y comienza de nuevo, insaciable. También come y duerme pero esto no lo diferencia de los otros seres. Lo que le distingue es la siniestra perseverancia en su vicio, este goce

íntimo y prolijo interrumpido por sus carreras. Y así como nunca recibe en cantidades suficientes, tampoco recibe nada con la suficiente presteza; es un poco como si hubiera aprendido a correr expresamente en atención al vicio de su hocico.

Les pido disculpas por un símil que sin duda encontrarán indigno en grado sumo del tema que ahora nos ocupa. Pero es mi intención poner precisamente a la cabeza de los tres atributos propios del escritor representativo de esta época Aquel del que nunca se habla, Aquel que da origen a los restantes, ese vicio tan concreto y peculiar que yo le exijo, y sin el cual sólo es penosamente mimado y sobrealimentado, como un triste engendro prematuro, hasta que se convierte en lo que en realidad no es.

Este vicio une al escritor con el mundo que lo rodea en forma tan directa e inmediata como el hocico une al sabueso con su coto de caza. Es un vicio distinto en cada caso, único, novedoso dentro de la nueva situación que plantee la época. No hay que confundirlo con el funcionamiento normal de los sentidos que cada cual tiene. Por el contrario, cualquier alteración en el equilibrio de este funcionamiento, la pérdida de algún sentido, por ejemplo, o el excesivo desarrollo de otro, puede dar origen a la formación del vicio necesario. Éste es siempre inconfundible, violento y primitivo. Se pone de manifiesto tanto en los rasgos corporales como en los fisionómicos. El escritor que se deja poseer por él acaba luego debiéndole lo esencial de su experiencia creativa.

Mas también el problema de la originalidad, sobre el que tanto se ha discutido y se ha dicho tan poco, ingresa a partir de aquí en un campo lumínico distinto. Como es sabido, la originalidad nunca debe exigirse. El que la persigue, jamás la obtiene; y las payasadas vanas y bien calculadas que muchos nos presentan con la pretensión de ser originales figuran aún, sin duda alguna, entre nuestros recuerdos más penosos. Pero entre el rechazo de este necio afán

de originalidad y la torpe afirmación de que un escritor no necesita ser original hay, claro está, un paso gigantesco. Un escritor es original o no es escritor. Lo es de un modo profundo y simple, en virtud de aquello que hemos dado en llamar su vicio. Y lo es a un grado tal que él mismo ni lo sospecha. Su vicio lo impulsa a agotar el mundo, tarea que nadie podría hacer por él. Inmediatez y riqueza inagotable, los dos atributos que siempre se le han exigido al genio y que él, además, siempre posee, son los hijos de este vicio. Ya tendremos oportunidad de poner el ejemplo a prueba y averiguar, en el caso concreto de Broch, de qué vicio se trata.

El segundo atributo que ha de exigírsele ahora a un escritor representativo es la voluntad seria de sintetizar su época, una sed de universalidad que no se deje intimidar por ninguna tarea aislada, que no prescinda de nada, no olvide nada, no pase por alto nada ni realice nada sin esfuerzo.

A cultivar esta universalidad se ha dedicado Broch solícita y reiteradamente. Más aún: podemos decir que su voluntad de escritor se encendió sobre todo al contacto con esta exigencia de universalidad. Hombre estrictamente filosófico en sus comienzos y durante largos años, no se permitió tomar demasiado en serio las tareas propias de un escritor. Demasiada concreción y exclusivismo veía en ellas, obras incompletas e irrelevantes en las que el todo nunca hallaba cabida. En la época en que Broch empezó a filosofar, la filosofía aún solía complacerse a veces en su antigua pretensión de universalidad; tímidamente, claro está, pues tal pretensión había caducado mucho tiempo atrás. Pero él, espíritu magnánimo y vuelto hacia todo lo que aspirara a infinitud, se dejó iluminar con gusto por esta pretensión. A ello se sumó la profunda impresión que le causara la rotundidad espiritual y universal de la Edad Media, impresión que nunca ha superado totalmente. Sostiene que en esa época existió un sistema de valores cerrado y espiritual, y ha dedi-